

Eugenio del Río

Tras la moción de censura

1 de junio de 2018.

Escribo estas líneas el mismo día en el que ha triunfado la moción de censura contra Rajoy y su gobierno.

Ha sido una de las operaciones políticas más audaces de las últimas décadas. Bien pensada y realizada. Y ejecutada con la celeridad que correspondía al momento. No hemos visto muchos episodios semejantes en la política española. La operación ha llegado en el momento más propicio, cuando el desprestigio del PP era más acusado, y ha sido concebida de la forma más adecuada para ganar: no como un recurso para aupar a un nuevo gobierno sino como un medio para librarse del existente. Era improbable que los partidos damnificados por la arrogancia del poder *rajoniano* desoyeran las demandas sociales mayoritarias de cambio y rechazaran esa propuesta.

Su desenlace ha sido plenamente legítimo, pese a las protestas enrabiadas del PP. Quién ha de gobernar es algo que deciden las mayorías parlamentarias y quienes han acordado prescindir de Rajoy y dar una oportunidad a Sánchez suman 180 escaños frente a 169.

La mayoría del PSOE encabezada por Pedro Sánchez sale claramente reforzada de esta prueba y en lo inmediato cuenta con el viento de popa. Pero no son nada fáciles de abordar los problemas que tiene delante.

La moción de censura ha trazado una línea de demarcación entre quienes deseaban que Rajoy siguiera gobernando y quienes estiman que ha llegado la hora de que se tome un descanso.

Pero a partir de ahora esa línea de demarcación deja de ser operativa y será sustituida por otras diferentes. Las principales son dos, referida una a la esfera social y la otra a la cuestión territorial y, destacadamente, a la situación en Cataluña.

Además, tendrán importancia los asuntos concernientes a la democracia política y a los derechos. En este último renglón entran desde la Ley Mordaza hasta las reformas de la legislación laboral.

Un problema de peso reside en que el nuevo gobierno habrá de acomodar el gasto a los presupuestos ya aprobados, y a cuyo cumplimiento se ha comprometido Pedro Sánchez.

¿En qué medida estarán presentes en el nuevo gobierno los diez “acuerdos de país para transformar España” con los que, en el último mes de enero, formuló el PSOE sus prioridades en materia de pensiones, educación, ciencia y reindustrialización, pacto de rentas, igualdad de género, rescate a los jóvenes, política de agua o ingreso mínimo vital?

Aunque la autoridad moral y política de Sánchez es hoy alta dentro del PSOE, no se puede ignorar que sectores importantes, como el encabezado por Susana Díaz, mantienen una posición distante y vigilante hacia la actual dirección.

La someterán a un estricto *marcaje*, especialmente en lo tocante a la relación con los partidos nacionalistas catalanes y con el Partido Nacionalista Vasco.

A este respecto se va a entablar una laboriosa y compleja dialéctica, entorpecida tanto por la insuficiente unidad de criterios en el PSOE como por las circunstancias que rodean las decisiones de las fuerzas independentistas catalanas y del PNV.

¿Qué margen de maniobra tendrá el PSOE de Pedro Sánchez para dialogar y llegar a acuerdos con estos partidos? ¿Cómo conjugarán estos últimos la presión reivindicativa ante el *poder central* y la búsqueda de acuerdos con él? Todo esto está por ver.

Actualmente el PNV se encuentra bastante condicionado tanto por la presión ejercida por su organización guipuzcoana, más radicalmente nacionalista, como por la rivalidad con Bildu, lo que ha llevado a la actual dirección a dar por bueno el nuevo borrador de Estatuto en el que se acentúan elementos que caracterizaron al período de Ibarretxe.

En Cataluña, tanto una buena parte del PDeCAT como Esquerra Republicana han llegado a la conclusión de que, hoy por hoy, el unilateralismo debe quedar aparcado. Entienden que es preferible dialogar con el nuevo gobierno para promover un *statu quo*, de duración indeterminada, con el fin de intentar ganar más voluntades en la sociedad catalana a favor de la independencia. No obstante, no parece ser esta la visión de Junts per Catalunya, bajo las directrices de Carles Puigdemont, ni de la CUP.

Si el PSOE –siguiendo las pautas que el PSC ha venido defendiendo– es capaz de abrir nuevas vías de diálogo, huyendo de una conducta, como la que ha tenido el PP, en la que se han mezclado la soberbia, la inacción y el traspaso de las decisiones a los tribunales, es posible que se creen nuevas expectativas alejadas del lamentable bloqueo actual, y que se favorezcan entendimientos donde hasta ahora ha primado la confrontación.

Podemos ha tenido un importante acierto al brindar su apoyo incondicional a la iniciativa del PSOE. Pero le ha faltado contención y ha llevado a cabo en poco tiempo una cascada de movimientos apresurados, desde la demanda de elecciones generales a breve plazo hasta preconizar una nueva moción de censura cuando aún no se había votado la presentada por el PSOE. En estos momentos viene mostrando sus preferencias por renunciar a las elecciones a corto plazo y por completar la legislatura.

El PP entra ahora en una fase transitoria de reconstrucción y de relevo de dirigentes, empezando por Rajoy, que están sobradamente amortizados. Es difícil prever el resultado; lo que sí se puede presumir es que el mismo Rajoy tendrá que emplearse a fondo para que no estalle una guerra abierta entre las distintas familias.

Un resultado del proceso de la moción de censura es el saludable debilitamiento de Ciudadanos. C's marcó un rumbo en la investidura fallida de 2016, que consistía en aliarse con el PSOE para gobernar, desalojando al PP del gobierno. Después cambió de orientación, y más tarde pasó a cultivar un perfil españolista desaforado, bajó el listón de sus exigencias anti-corrupción y dio su respaldo al PP en Murcia, La Rioja, Madrid... Esta ubicación le ha situado en un

incómodo limbo en la moción de censura. Le ha hecho aparecer como exageradamente subordinado a la derecha clásica; no ha podido camuflar su aturdimiento y ha terminado como acompañante solitario de la derecha de siempre a la que quiere reemplazar. A partir de ahora, ¿qué prevalecerá en C's? ¿La búsqueda de acuerdos con el PP? ¿Algo parcialmente distinto? ¿Qué nivel mantendrá de diferenciación con el PP para seguir ganando parcelas de su electorado? Todo esto tiene su importancia para la configuración de la derecha que irá asentándose en los próximos años.